

Un documento y un libro: el proyecto editorial de José Martí

Enrique López Mesa

Investigador. Centro de Estudios Martianos.

En marzo de 1886, José Martí recibió en Nueva York la visita de su amigo mexicano Pablo Macedo.¹ Fue este quien hizo resurgir en él una vieja idea, acariciada casi desde su infancia: la de editar libros para Hispanoamérica. Macedo lo convenció de lo viable de la empresa en aquel momento y Martí se aferró a esa ilusión «como un niño que juega en la cuna con un rayo de luz».² El solo hecho «de pensarlo hacedero», hasta le hizo cantar, de pura alegría,³ máxime cuando su alejamiento del proyecto insurreccional de los generales Máximo Gómez y Antonio Maceo lo había llevado a perder «la esperanza de ser por ahora, y para siempre acaso, útil a mi patria».⁴ A su *alter ego* mexicano, Manuel Mercado,⁵ le escribió en abril de ese año:

Tengo el pensamiento de hacerme editor de libros baratos y útiles, de educación y materias que la ayuden, cuyos libros pueden hacerse aquí en armonía con la naturaleza y necesidades de nuestros pueblos, y economía de quien trabaja en lo propio, y venderse, en México principalmente, con un margen de escasísimo provecho. [...] me siento

capaz de levantar en este hermoso ramo una empresa benéfica y productiva; —que contra mi costumbre, desde que Macedo me habló de este como realizable, al decirle yo cómo tenía estudiado el asunto, no pienso en otra cosa, y la doy por hecha;— que tan convencido estoy del bien que podría hacer, y el giro útil que podría dar al caudal puesto en ello, que en esto sí me propongo ser porfiado e incansable, y no parar hasta tenerlo conseguido.—⁶

En la misma carta precisa la esencia latinoamericanista de su proyecto:

Ya yo sé los libros vivos que nuestras tierras necesitan, y piden, y no tienen, ni hay aún quien les dé: y los iré publicando de manera que, desde el principio, México los vaya obteniendo al precio estrictamente necesario para cubrir los gastos. Los provechos vendrán de la venta en los demás países. Al fin, estos libros útiles, con ediciones sucesivas, vendrán a reducirse a un precio tal, que no habrá quien no pueda hacerse de ellos. La competencia no es de temer —primero, porque estos libros serán muy distintos de cuantos en esa línea van publicados, —libros humanos y palpitantes, —no meros textos, sino explicaciones de la vida y sus elementos, y preparaciones para luchar con ella —la esencia y flor de todo lo moderno: —después, porque como esta empresa solo será de lucro moderado y honesto, siempre podrá abaratar sus productos mucho más que las que no se conforman sino con grandes provechos.—⁷

Premio *Temas* de Ensayo 2006, en la categoría de Estudios sobre arte y literatura.

De estas líneas se desprende que Martí se proponía crear, en la propia Nueva York, una empresa editorial alternativa que proporcionara a los lectores hispanoamericanos los libros que realmente necesitaban, «muy distintos de cuantos en esa línea van publicados». Thomas Bender ha señalado que fue precisamente su condición de centro editorial lo que le ganó a Nueva York el liderazgo intelectual de los Estados Unidos en la década de los años 80.⁸

De la frase «muy distintos de cuantos en esa línea van publicados» y de la mención a la competencia, que no se conforma «sino con grandes provechos», pudiera inferirse que Martí tenía en mente a D. Appleton and Company,⁹ importante editora norteamericana, puntera en la publicación de libros en español para el mercado latinoamericano,¹⁰ para la cual había hecho traducciones durante cuatro años.¹¹ Martí dio por terminado su compromiso laboral con esa compañía justamente a mediados de marzo de ese año, en los mismos días en que recibió el aliento de Pablo Macedo. No creemos que haya sido una simple coincidencia.¹²

Es sabido que Martí no podía escoger los textos que traducía para la Appleton, y en la intimidad vertía sus opiniones al respecto. Por ejemplo, sobre las *Nociones de Lógica*, de William Stanley Jevons, le confía a su hermana Amelia que tiene «por maravillosamente inútiles tantas reglas pueriles», pero que, gracias a esa traducción, podía invitar a su padre a Nueva York.¹³ La novela *Misterio*, de Hugh Conway, la consideraba «un desastre», «una bellaquería»,¹⁴ y le confesaba a Mercado que su traducción le había venido «pesando como un delito».¹⁵ Por tanto, además de la liberación de una tarea enajenante, su decisión constituía una ruptura con la línea editorial de la Appleton para América Latina y el propósito de crear una alternativa de tipo cualitativo a todo lo mediocre o de poca utilidad que pudiera haber en ella. Y esto, aprovechando la experiencia adquirida en esa misma empresa.

Carmen Suárez León ha señalado cómo estos propósitos, al igual que todas las incursiones editoriales de Martí,

se insertan dentro de esa función de mediación cultural, de honda significación política y social, que lleva a cabo en toda su obra y se constituye en uno de los diálogos interculturales más dramáticos, significativos y de alto valor estético que ha producido un creador y un pensador en el mundo, en el mismo momento en que se aceleraba y profundizaba la gran escisión moderna entre países ricos y países pobres.¹⁶

Pero los meses siguientes transcurrieron sin que su proyecto se concretara. En ese lapso, y gracias a la intercesión de Macedo y Mercado, Martí obtuvo la corresponsalía en Nueva York del diario mexicano *El Partido Liberal*, que simultanearía con la de *La Nación*, de Buenos Aires, que venía desempeñando desde 1882.

A fines de 1886, también comenzó a fungir como redactor de la revista mensual neoyorquina *El Economista Americano*. A ello se unía su labor de cónsul interino de la República Oriental del Uruguay. Martí dio sobradas muestras de una extraordinaria capacidad de trabajo, que le ocupaba hasta las altas horas de la noche. Y por si esto fuera poco, andaba

dando vueltas a la idea, después de dieciocho años de meditarla, de publicar aquí una revista mensual, *El Mes*, o cosa así, toda escrita de mi mano, y completa en cada número, que venga a ser como la historia corriente, y resumen a la vez expedito y crítico, de todo lo culminante y esencial, en política alta, teatro, movimiento de pueblos, ciencias contemporáneas, libros, que pase acá y allá, y dondequiera que de veras viva el mundo.¹⁷

No obstante, este cúmulo de tareas no le hizo olvidar su proyecto editorial. En diciembre de 1886, concibió la forma de reunir los recursos financieros necesarios para poner en marcha sus planes. Entre los papeles que después de su muerte pudo rescatar Gonzalo de Quesada y Aróstegui estaba el manuscrito dado a conocer en el tomo tercero (Miscelánea) de la compilación *Papeles de Martí (Archivo de Gonzalo de Quesada)*. Allí, el historiador y periodista Gonzalo de Quesada y Miranda lo incluyó bajo el título —puesto por él— de «Contrato de empresa editorial».¹⁸

El texto fue redactado el 13 de diciembre de 1886 y su propósito central era formar un capital social de cinco mil dólares con vistas a crear una empresa editorial, en la cual Martí sería el fundador y socio industrial, con la ayuda de tres socios capitalistas: Andrés Alfonzo, Antonio Rodil y Paul F. Philippson, quienes inicialmente aportarían quinientos dólares cada uno, antes del 31 de marzo de 1887.¹⁹

Una simple lectura del documento nos permite comprobar que Martí se reservaba el control absoluto del funcionamiento de la empresa:

- En el artículo cuarto se establece que su administración y dirección quedan «entera y exclusivamente» en manos de Martí.
- En el artículo sexto se les reserva a los tres socios capitalistas el derecho a transmitir acciones a terceras personas, siempre y cuando comuniquen a Martí con tres meses de antelación los datos del nuevo titular. Este decidiría si esa persona era «deseable para la sociedad» y aprobaría o no la transmisión.
- En el artículo doce se establece que «en caso de muerte o incapacitación por enfermedad o ausencia de Martí, la Dirección y Administración de la Empresa pertenecerá a la persona o personas que él designe, o designen por él los que heredaren sus derechos».

O sea, todos los hilos estarían en sus manos y el papel de los otros tres socios se reduciría a aportar el

capital y, en su momento, a percibir sus respectivas cuotas de ganancia.

El original del texto en cuestión —que se conserva en el Centro de Estudios Martianos— consta de siete cuartillas y está manuscrito de puño y letra por Martí y calzado por su firma, así como las de los tres socios capitalistas. En nuestra opinión, no se trata de un contrato propiamente dicho. Varios detalles nos hacen pensar así:

- No es un documento extendido ante notario, lo establecido legalmente en estos casos.
- No está redactado en el idioma oficial del país bajo cuyas leyes debía operar la empresa.
- No se consigna la razón social, ni su domicilio.
- En el artículo séptimo, por un error de Martí, se confunde el año 1887 con 1877, lo que resulta inadmisibles en un documento legal.
- En ese mismo artículo, se fija el 31 de marzo de 1887 como fecha límite de Martí «para dar comienzo a su empresa». O sea, no comenzaría el 13 de diciembre de 1886 —fecha del documento—, sino el 1 de abril de 1887.
- El documento está manuscrito con tinta de dos colores —azul y negro—, algo inusual en este tipo de escritura.
- El apellido de uno de los socios capitalistas es mencionado en cinco lugares del texto como Alfonso, mientras que él firma como Alfonzo.

Estos detalles nos hacen creer que era más bien una declaración de intenciones, un acuerdo entre caballeros, que no debería trascender al plano legal hasta el 1º de abril de 1887, solo que Martí —¡abogado al fin!— tuvo el cuidado de ponerlo por escrito, como una forma de comprometer a sus futuros socios. Ahora bien, ¿se cumplió o no este acuerdo? En la correspondencia de Martí no hay ninguna referencia a este documento, pero de las pocas fuentes de que disponemos —básicamente sus misivas a Manuel Mercado y Enrique Estrázulas— se infiere que nunca tuvo efecto, como veremos más adelante.

El primer libro

Hay un indicio de que a fines de 1886 y principios de 1887 ya Martí tenía en mente cuál sería el primer libro de su proyecto. En su crónica para *La Nación*, de Buenos Aires, de 3 de enero de 1887, se refería a la ley aprobada por el Congreso de los Estados Unidos reconociendo la ciudadanía a los indios norteamericanos, e intercalaba este comentario:

¡Qué contenta estaría si viviese aquella noble mujer que hizo en pro de los indios con un libro lo que la Beecher Stowe hizo en pro de los negros con su *Cabaña del Tío Tom*, Helen Hunt Jackson, que escribió esa novela encantadora

de la vida californiana, ¡*Ramona*! Allí la vida nueva, luciente y olorosa, el choque y apetito de las razas, la liga de las castas y la iglesia, la elegía de la pobre gente india. Salud y piedad infunden en el espíritu aquellas páginas artísticas y ardientes, y se sale del libro como de la agonía de una flor, con el alma avarienta de concordia. La admirable mujer, muerta hace años, reposa sobre un cerro de la linda comarca donde vio padecer tanto a sus indios: ¡lo saben ellos, que le tienen la tumba llena de ofrendas y de flores!

Ahora acaba de fundarse una gran escuela de indios, para prepararlos de una vez a la ciudadanía, y le llaman como el libro de Helen Hunt: —la escuela «*Ramona*».²⁰

Poco más de cinco meses después, en su crónica para *El Partido Liberal* de 23 de junio de 1887, aparece otro indicio. En el párrafo introductorio, Martí enumera ocho sucesos ocurridos en los Estados Unidos en los últimos días, que guardan relación con México. Uno es «que unas fieles amigas peregrinaron a la tumba de Helen Hunt Jackson, la que con tal arte y ternura contó en su novela *Ramona* las desdichas de los indios de México, cuando la conquista de California».²¹ Más adelante, en la misma crónica, recuerda que la Jackson había apellidado al siglo XIX, «por el maltrato de los indios, “un siglo de infamia”, título de una de sus obras».²² En este caso, dada la fecha de la crónica, se hace evidente que ya Martí está trabajando en la traducción de la novela y que prepara su acogida por los lectores mexicanos.

El 8 de julio siguiente, Martí le escribe a Manuel Mercado: «Ahora voy a empezar mi tentativa de editor, y ya veremos si puedo sentarme, con las primeras canas, a hacer algo de peso».²³ Y el 8 de agosto —cuatro meses después de la fecha en que supuestamente debía ser puesta en marcha la empresa— vuelve a explicarle su proyecto:

[P]ublicar libros, modestos y pocos primero, con sistema y propósito en seguida, adecuándolos a las necesidades y carácter de las tierras que amo, favoreciendo con la venta de libros amenos la de los de educación, hasta que pueda desenvolver sin imprudencia los planes que casi desde mi niñez he venido meditando en uno y otro país, y en materia como esa son naturalmente vastos.²⁴

Sobre los aspectos económicos dice: «Con toda voluntad quiso ayudarme Pablo [Macedo], y no pudo». Y recalca:

[N]o obtuve aquí, como que no la pedí a nadie, la suma necesaria para comenzar mi empresa. Pero, ayudándome con un trabajo extraordinario que me tuvo ocupado dos meses, ya puedo a medias hacer por mí lo que anhelo, y tengo en prensa mi primer libro —*Ramona*. Lo escogí, quiero decírselo, porque es un libro de México, escrito por una americana de nobilísimo corazón, para pintar, con gracia de idilio y color nuestro, lo que padeció el indio de California, y California misma, al entrar en poder de los americanos.²⁵

Y líneas más abajo, le revela a Mercado la médula política de su selección:

Su justo objetivo de elevar el nivel cultural de los pueblos latinoamericanos chocaba con los mecanismos económicos. Solo podía tener acceso a un mercado restringido y esto le impedía producir en la escala requerida para competir con las empresas mayores.

sin excitar la pasión contra el americano, —lo que en la autora sería traición fea, y en mí imprudencia y en cierto modo entrometimiento, —su lectura deja en el ánimo— inevitablemente, sin violentar la lección ni insinuarla siquiera, la convicción de que al mexicano no le iría bien en manos de Norteamérica. Prepara, pues, sin odio el libro a aquel estado de racional defensa en que ese país debe estar constantemente acerca de este.²⁶

A estos razonamientos antepone una frase clave para entender la intencionalidad de la edición: «pensé en que a México llega muy a tiempo».²⁷ Es obvio que la coyuntura internacional influyó notablemente en su selección. El verano de 1886 había sido muy caliente para las relaciones entre México y los Estados Unidos, a causa de una provocación con fines anexionistas que ha pasado a la historia con el nombre de «El caso Cutting», incidente fronterizo que pudo haber conducido a una guerra entre ambas naciones.²⁸ La defensa de México frente a los Estados Unidos fue una constante en la vida de Martí y la solución diplomática del caso Cutting no le hizo perder de vista que la amenaza se mantenía latente. En su crónica para *El Partido Liberal* de 23 de junio de 1887 —la misma en la que menciona la peregrinación a la tumba de la autora de *Ramona*— describe la «junta solemne» celebrada en un hotel neoyorquino por los directores de la llamada Liga de Anexión Americana para «mostrar su poder» y tributar honores al coronel Cutting. Allí, este declaró desenfadadamente que su objetivo era «desposeer a México de los estados del Norte, y en especial de Sonora, California, Chihuahua y Coahuila», y blasonó de contar con quince mil partidarios dispuestos a todo.²⁹ Es decir, independientemente de que el caso Cutting hubiera sido dado por cerrado diplomáticamente desde agosto del año anterior, el «peligro Cutting» no había desaparecido. Es significativo que en la misma crónica en que Martí alerta a los mexicanos sobre él, intercale dos menciones a la autora de *Ramona*.³⁰

Puede ser discutible que Martí escogiera para estos fines una obra de ficción, máxime cuando en fecha tan reciente como enero de 1884 había manifestado:

[L]os tiempos son graves, y acaso temibles, y ni un ápice menos que críticos. Se van levantando en el espacio, como inmensos y lentos fantasmas, los problemas vitales de América: —piden los tiempos algo más que fábricas de

imaginación y urdimbres de belleza. Se puede ver en todos los rostros y en todos los países, como símbolos de la época, la vacilación y la angustia. —El Mundo entero es hoy una inmensa pregunta.³¹

Pero aun así, reconocía el hecho de que las novelas son «como los soldados del ejército mental», que «ganan la batalla, mas luego, nadie recuerda sus nombres».³² Es muy probable que esa utilidad inmediata de ganar la batalla le hiciera optar por *Ramona* como libro inaugural, sabedor de que ese tipo de lectura era la más consumida por las minorías letradas y de que aun las mayorías iletradas podían ser receptoras de ella gracias a la lectura colectiva y la trasmisión oral. Además, este libro era solo el primer escalón de su proyecto, que —como veremos más adelante— después *ascendería* a los libros de educación.

Ante la imposibilidad de solicitar un préstamo bancario —dada su carencia de bienes con que respaldarlo y porque el pago de los intereses anularía cualquier ganancia—, Martí decide comenzar la impresión del libro —que le cuesta más de mil dólares— «con ahorros de judío», como él mismo dice,³³ y contando con una intención de compra de dos mil ejemplares para Argentina. Al parecer, en agosto de 1887 entregó los originales —o, al menos, una parte de ellos— a una imprenta neoyorquina cuyo nombre desconocemos. Queda debiéndole la mitad del importe, y piensa liquidar su deuda con el producto de las ventas en México y Cuba.³⁴

El 7 de septiembre de 1887 le dice a Mercado: «Trabajo tenazmente en mi proyecto de libros, en que cada día tengo más fe». Y sobre *Ramona*, específicamente, añade: «tengo en él fe supersticiosa, a este libro querido».³⁵ En ese mismo mes redacta el prólogo del libro. El 20 de octubre siguiente cree pronta su salida y le explica a Mercado los pormenores comerciales, con la minuciosidad de un conocedor de la materia:

Ahora, a *Ramona*. —Ya el libro está al salir de las prensas. Vd. me pregunta con razón el precio de él, como base de toda negociación. En esta primera edición solo me propongo sacar los costos de imprenta, de manera que aunque la página del libro es mucho mayor y más nutrida que la de *Misterio*, y aunque un publicador novel no puede rivalizar en precio con una casa de tantos recursos mecánicos, cobraré por este libro al mismo tipo a que Appleton vendió *Misterio* a sus compradores más

favorecidos, que fueron México y La Habana: él, por 230 páginas, cobró 20¢; yo, por 400 de mucha más lectura, cobraré 37¢, si no baja el pedido de 2 000, o a lo sumo de 1 500: por menos, tendría que cobrar 40¢ por ejemplar.³⁶

En diciembre de ese año, Mercado aún no había logrado «acomodar» el libro con los posibles distribuidores mexicanos. No obstante, Martí prosigue con la edición y, a la vez, se interesa por registrar en México la propiedad literaria de su traducción.³⁷

De la antes citada carta a Mercado de 20 de octubre de 1887 se desprende que para esa fecha ya estaba compuesto y emplanado el texto de su traducción, con un total de cuatrocientas páginas.³⁸ Sin embargo, cuatro meses después, el libro no había salido, y el 17 de febrero de 1888, Martí le dice a Mercado: «Por los apremios de un trabajo más urgente, aunque de puro gana-pan, he demorado la publicación de *Ramona*, que está ya en sus últimas cincuenta páginas, de las 400 que tiene».³⁹ También es posible que dilatara las dos últimas fases del proceso industrial —impresión y encuadernación— hasta tener la certeza de las cantidades pedidas por Argentina⁴⁰ y México. No olvidemos que Martí publicaba el libro para Hispanoamérica, donde la mayoría de la población era analfabeta, lo que implicaba un riesgo económico, por lo restringido del mercado. De ahí la necesidad de contar con pedidos relativamente seguros a los cuales ajustar la primera tirada. Esa era una constante del mundo editorial latinoamericano de la época.

Solo el 26 de julio de 1888 —dos años y cuatro meses después de su conversación con Pablo Macedo— puede Martí remitir a Mercado el primer ejemplar de *Ramona*⁴¹ y avisarle del próximo envío de mil ejemplares para su venta en México.⁴² Su conclusión es optimista: «Y esta es la base de mi empresa editorial, que preparo tenazmente, y de la que, cuando *ascienda* a mi plan de libros de educación, hemos de hablar muy de largo, —y quién sabe si de vernos! Por ahí me empleo: por donde pueda ser útil».⁴³

En todos los aspectos materiales de la traducción, publicación y venta de *Ramona*, Martí contó con la valiosa ayuda de un cubano residente en Nueva York, el joven patriota Félix Sánchez Iznaga —«un administrador que me he improvisado», decía Martí—, quien años después también desempeñaría tareas administrativas en el periódico *Patria* y estaría encargado de la oficina de la Delegación del Partido Revolucionario Cubano.⁴⁴ En una ocasión narró a un amigo la forma en que Martí tradujo *Ramona*: «paseándose él por el cuarto con el original en la mano se la dictaba en español con asombrosa rapidez, y de ahí sin corregirlas apenas, iban las cuartillas a la imprenta». Por su parte, Mercado se valió de un agente central para la distribución y venta del libro en México.⁴⁵

Vino entonces la expectativa acerca del éxito comercial del libro, que permitiera reinvertir las ganancias en la impresión de nuevas obras.⁴⁶ Conocedor del mundo periodístico, Martí desplegó una activa campaña publicitaria, para la que se valió de sus relaciones personales y profesionales. Siguiendo la costumbre de la época, utilizó como texto de base su prólogo al libro y comenzó por casa, en *El Economista Americano*, la revista que por entonces dirigía.⁴⁷ El 8 de agosto de 1888 encontró acogida en las páginas de *El Avisador Cubano*, de Nueva York,⁴⁸ y el 14 de noviembre, *La Nación*, de Buenos Aires, le dio espacio en su primera plana.⁴⁹ En el caso de México —que aspiraba fuera su mejor mercado— Martí puso atención especial. Tan pronto salió la primera impresión, envió copias del prólogo a todos los periódicos y librerías de la capital y de otras ciudades del país, así como ejemplares a los amigos. Al menos dos publicaciones periódicas de la capital se hicieron eco del libro. El 13 de agosto de 1888, el semanario *El Lunes* —que dirigía Juan de Dios Peza— reprodujo el prólogo en su página dos y en la tercera agregó frases demostrativas de que los mexicanos no olvidaban al amigo querido:

Esta hermosa novela americana escrita por Helen Hunt Jackson ha sido traducida del inglés por el elegante, inspirado y erudito escritor José Martí. ¿Quién no recuerda en México a ese cariñoso hermano nuestro, que con brillante pluma engalanó los más importantes periódicos; que nos cautivó con sus dulces versos; que dio al teatro un precioso monólogo, *Amor con amor se paga*, y que en la tribuna arrancó nutridos aplausos?⁵⁰

Cuatro meses después, el domingo 16 de diciembre, *El Partido Liberal* reprodujo el prólogo de *Ramona* y se refirió al traductor como «artista insigne ya de antiguo querido y admirado por los lectores de nuestro diario».⁵¹ El domingo siguiente, 23 de diciembre, Manuel Gutiérrez Nájera publicó, en su sección habitual del mismo diario, un largo texto elogioso de la novela de la Jackson, en el cual terminaba diciendo: «Leed el libro, porque es bello y es bueno, tan bello y tan bueno que no parece traducido sino escrito por Martí».⁵²

El 26 de octubre de 1888, Martí le escribe a su amigo uruguayo Enrique Estrázulas (1848-1905): «Y la cuenta de banco se está tiesa que tiesa, con sus vislumbres de crecer, para cuando estén en el granero los frutos de *Ramona*».⁵³ Aunque no disponemos de información sobre el comportamiento de las primeras ventas del volumen, es de suponer que se hayan correspondido con las esperanzas de Martí, pues solo ocho meses después, el 19 de febrero de 1889, le dice a Mercado que está en proceso la segunda impresión, de la cual ya ha recibido pedidos por «algunos centenares».⁵⁴ En julio de ese año —cuando Martí ya estaba enfrascado en la

redacción de su revista para niños *La Edad de Oro*— recibió de Mercado una letra de cambio por 300 dólares que le permitió liquidar a la imprenta lo adeudado por la segunda impresión.⁵⁵

La carta a Mercado de 26 de agosto de 1889 es la última en que se menciona el proyecto editorial martiano. Para entonces, *La Edad de Oro* ha desplazado a *Ramona* de su correspondencia. Además, una nueva coyuntura política acapara su atención: la Primera Conferencia Panamericana (Washington, DC, 2 de octubre de 1889-19 de abril de 1890). A ella se refiere con esta frase de clara resonancia cervantina: «Y otro molino me está dando vueltas en la cabeza, y la lanza temblándome en las manos: —y es el Congreso de octubre».⁵⁶ Es fácil suponer que el «molino» anterior había sido su proyecto editorial.

Todo indica que la gradual acumulación de deberes le impidió insistir en su proyecto, independientemente de lo factible o no de este.⁵⁷ Pero hay dos causas—cronológicamente encadenadas— que consideramos las más inmediatas.

En junio de 1889, Martí ya está metido de lleno en otra empresa cultural: la revista mensual para niños *La Edad de Oro*.⁵⁸ Nuevamente es redactor asalariado de revistas ajenas, pero esta vez se trata de algo diferente a lo que hiciera en *La América* (1883-1884) y *El Economista Americano* (1886-1888). La publicación del brasileño Aron Da Costa Gómez le brinda la posibilidad de influir en la formación de las nuevas generaciones latinoamericanas. Así le explica a Mercado su propósito:

[H]a de ser para que ayude a lo que quisiera yo ayudar, que es llenar nuestras tierras de hombres originales, criados para ser felices en la tierra en que viven, y vivir conforme a ella, sin divorciarse de ella, ni vivir infecundamente en ella, como ciudadanos retóricos, o extranjeros desdeñosos nacidos por castigo en esta otra parte del mundo. El abono se puede traer de otras partes; pero el cultivo se ha de hacer conforme al suelo. A nuestros niños los hemos de criar para hombres de su tiempo, y hombres de América.—Si no hubiera tenido a mis ojos esta dignidad, yo no habría entrado en esta empresa.⁵⁹

Como es sabido, solo aparecieron cuatro entregas de la revista, pues el propietario exigió de Martí concesiones ideológicas que este se negó a hacer. La salida del último número—correspondiente a octubre de 1889— coincide con el éxito del acto conmemorativo del vigésimo primer aniversario del alzamiento independentista de Carlos Manuel de Céspedes, celebrado el día 10 de ese mes en el Hardman Hall de Nueva York. Martí lo consideró «una resurrección» de la causa revolucionaria: «Yo solo sé que la hora de la fundación empieza, y que allí se cogió la primera cosecha de la obra de ocho años».⁶⁰ Dada la repercusión del acto, Martí creyó llegado el momento de fundar un periódico político independentista. Desde

octubre de 1889 hasta enero de 1890 encontramos evidencias en su epistolario de que trabajó metódicamente en la preparación de ese periódico, cuyo nombre no hace explícito, pero cuyo lema sería «Con todos y para el bien de todos», el mismo de su discurso de Hardman Hall.⁶¹ De esa propia fuente se desprende que la falta de recursos económicos impidió la aparición del periódico. Habría que esperar hasta marzo de 1892 para que su idea se hiciera realidad con *Patria*. Lo importante es que la «resurrección» del 10 de octubre de 1889 le devolvió la esperanza de ser útil a su país, cuya pérdida transitoria en 1884 había reconocido como uno de los factores decisivos para que abrazara su proyecto editorial.

No conocemos qué recepción tuvo la traducción martiana de *Ramona* en los medios culturales hispanoparlantes de los Estados Unidos. Pero, al menos, sabemos que en el número de enero de 1891 de *La Revista Ilustrada de Nueva York*—coincidentalmente, el mismo número en que aparece el trascendental ensayo martiano «Nuestra América»— un destacado intelectual cubano de ideología muy diferente a la de Martí, José Ignacio Rodríguez, al publicar la segunda entrega de su serie de artículos «Las novelistas norteamericanas»—en esa ocasión dedicada a Helen Hunt Jackson—, se refirió a la traducción de Martí: «*Ramona*, que fue escrita, o mejor dicho publicada, en 1884, y que ha sido traducida al castellano por un hombre de gran talento, y de no menos grande corazón, nacido en la isla de Cuba, es una historia deliciosa, aunque llena de tristeza».⁶²

Es probable que, con independencia de que Martí liquidara su deuda con la imprenta en julio de 1889, *Ramona* le haya dejado pérdida o, al menos, no le haya proporcionado ninguna ganancia. Todo parece indicar que su venta no fue rápida. El 3 de febrero de 1891—año y medio después de la salida de la segunda impresión del libro y dos años y medio después de la primera—, Martí le escribe al panameño Elías de Losada y Plisé (1848-1896), editor-propietario de *La Revista Ilustrada de Nueva York*: «¿Qué más que gracias sentidas, puedo darle por el cariño con que se propone mirar a la desventurada *Ramona*? El libro es un servicio,—y por eso lo tradujo este su amigo obligado».⁶³ La explicación de estas palabras la encontramos en la sección «Notas bibliográficas» del número de *La Revista...* de ese mismo mes de febrero:

Ramona.— Novela americana por Helen Hunt Jackson.— Traducida del inglés por José Martí.
Cuanto pudiéramos decir de esta obra admirable que vino a abogar elocuentemente por la consideración y respeto a que tenía derecho la raza autóctona de América, la desgraciada raza india, lo ha dicho en frases sentidas y con lógica abrumadora nuestro ilustrado colaborador D. José Ignacio Rodríguez en el interesante estudio que hiciera de la novelista norte-americana señorita Hunt Jackson, el cual

vio la luz en nuestro número correspondiente al mes de enero próximo pasado.

Ese libro lo ha colocado la crítica moderna «en el grupo de aquellos que se conservarán permanentemente entre los monumentos del ingenio humano», y esto basta para su recomendación.

En cuanto a la traducción española, ha sido hecha «por un hombre de gran talento y de un no menos grande corazón, nacido en la Isla de Cuba», conforme dice acertadamente el Sr. Rodríguez, y esta traducción es la que ofrece a sus innumerables favorecedores la Casa Editorial y Librería de los Sres. E. de Losada & Co., a los precios que se anuncian en el Catálogo de dicha Casa, y que publicamos en otro lugar de este número.⁶⁴

Paralelamente a la edición de *La Revista...*, Losada tenía una librería en Nueva York (E. de Losada & Company, 124 Chambers Street). Incluso, después de vender la revista a Andrés F. Power, en diciembre de 1892, mantuvo ese comercio.⁶⁵

Cuando en septiembre de 1888 Martí le remitió uno de los primeros ejemplares empastados de *Ramona* a Enrique Estrázulas, le decía: «por Vd. he podido publicarla, y ella, como yo, es de usted».⁶⁶ Obviamente, se trataba de una fórmula de cortesía, como agradecimiento por las entradas económicas que Estrázulas le había propiciado al dejarlo al frente del consulado uruguayo. A esto aludió Martí con posterioridad —el 26 de octubre de ese año—, al referirse a su pecunio personal: «no tengo más que el que saco a sudor puro de la noria, y el tanto más que me da la bondad de Vd., y con el cual endulzo algo las vidas ajenas, y me ayudo a comprar libros, publicar *Ramona*, y seguir meditando en estas locuras».⁶⁷

Por su correspondencia también sabemos que Martí se proponía traducir y editar la novela *John Halifax, Gentleman* (1857), la obra más popular de la escritora británica Dinah Maria Craik (1826-1887).⁶⁸ Mas en agosto de 1888 le aclara a Mercado que planeaba hacerlo «tan luego como saque de la prensa mis *Norteamericanos*».⁶⁹ O sea, con anterioridad a la publicación de su poemario *Versos sencillos* (1891), Martí ya había pensado recoger en un volumen sus artículos de prensa sobre figuras prominentes de la cultura y la sociedad norteamericanas, como Ralph Waldo Emerson, Walt Whitman y otros. No pudo hacerlo, y años después, en su carta a Gonzalo de Quesada y Aróstegui de 1 de abril de 1895 —reconocida como su testamento literario—, al explicar a su secretario cómo estructurar la edición de sus obras en seis tomos, precisa que los dos primeros de ellos deben reunir esos artículos.⁷⁰

Desafío en solitario

El plan empresarial a que se refiere el documento de 13 de diciembre de 1886 nunca llegó a convertirse

en realidad, pues no tuvo el apoyo financiero necesario. Una empresa que se proponía operar con un margen mínimo de ganancia no ofrecía mucho aliciente para invertir en ella. Los fines culturales y educacionales que perseguía no se conjugaban con la implacable realidad económica de la Nueva York de la *Gilded Age*. No obstante, consideramos que por haber sido concebido, redactado y manuscrito por José Martí, ese documento debe formar parte de la edición crítica de sus *Obras completas*, con las necesarias aclaraciones.

La tenacidad de Martí —recordemos que había decidido «ser porfiado e incansable» en este empeño—⁷¹ le hizo intentar llevar adelante el proyecto por su cuenta y riesgo, convencido de su éxito. Puso en función de él toda la experiencia que había adquirido en la capital del comercio mundial y demostró la habilidad propia de un conocedor del negocio editorial. Con razón le había dicho a Mercado desde el mismo inicio: «esta no es en mí idea nueva [...] me vengo preparando con un estudio cuidadoso de los menores detalles, desde hace muchos años».⁷² Pero estaba en desventaja completa: carecía de capital o de mecenazgo, así como de las redes de distribución y comercialización, controladas por las grandes compañías editoras. No era racional publicar libros a cuentagotas; esperar que se vendiera un título, para recuperar la inversión, y después publicar otro. Solo un respaldo financiero podía garantizar el ritmo editorial adecuado. De ahí que las circunstancias adversas se impusieran sobre Martí y el ambicioso proyecto a la postre se redujera a la traducción y publicación de *Ramona*,⁷³ en cuya selección —además del tradicional interés de Martí por todo lo concerniente a los aborígenes de América— medió una intencionalidad política reconocida por él.

No disponemos de fuentes bibliográficas que nos permitan contextualizar históricamente el proyecto de Martí en el ámbito editorial de la América hispanoparlante; pero es posible que él fuera el primer intelectual latinoamericano que se haya propuesto rivalizar con las grandes compañías norteamericanas en la producción de libros baratos para nuestra región. Aunque fallido, no deja de ser un acto de heroísmo cultural, y queda para la historia como un bello gesto de desafío en solitario, como una pequeña utopía martiana.

Su justo objetivo de elevar el nivel cultural de los pueblos latinoamericanos chocaba con los mecanismos económicos. Solo podía tener acceso a un mercado restringido y esto le impedía producir en la escala requerida para competir con las empresas mayores, haciendo grandes tiradas que disminuyeran el costo unitario y, consiguientemente, el precio de venta.

Además, aún no estaban creadas las condiciones históricas para que sus fines se convirtieran en hechos.

Por ejemplo, la población mexicana —principal destinataria de su esfuerzo— era analfabeta en más de 80%. La impresión y venta masiva de libros a bajo precio tenía que ser precedida por una amplia campaña nacional de alfabetización, tal y como se propondría —Revolución mediante— la Secretaría de Educación Pública de México a partir de 1921, bajo la dirección de José Vasconcelos. De cierta manera, Martí fue un lejano precursor de ese empeño.

Dinero no, pequeño libro sí

El 3 de marzo de 1895, José Martí cabalgaba por los lodosos caminos del norte de Haití. Iba solo, en procura de algunas armas y municiones con las que trasladarse a Cuba en unión del general Máximo Gómez, para asumir la conducción de la guerra que ambos habían convocado, que había comenzado el 24 de febrero anterior. En un momento de aquel día detuvo su caballo ante una apartada vivienda de barro y paja. «Alrededor, fango y selva sola», anotó en su diario, junto con la narración sintética de lo allí ocurrido:

Por los fangales, que eran muchos, creí haber perdido el camino. El sol tuesta, y el potro se hala por el lodo espeso. De la selva, a un lado y otro, cae la alta sombra. Por entre un claro veo una casa, y la llamo. Despacio asoma una abuela, y la moza luego con el niño en brazos, y luego un muchachón, con calzones apenas, un harapo por sombrero, y al aire la camisa azul. Es el camino. Dieciséis años tiene la madre traviesa. Por dejarles una pequeñez en pago de su bondad les pido un poco de agua, que el muchachón me trae. Y al ir a darle unas monedas, «*Non: argent non: petit livre, ouï*». Por el bolsillo de mi saco asomaba un libro, el segundo prontuario científico de Paul Bert.—⁷⁴

Martí no dejó constancia en su diario, pero quizás en aquel instante recordó su viejo proyecto editorial y sintió la satisfacción de no haberse equivocado.

Notas

1. Pablo Macedo y González de Saravia (1851-1918). Abogado mexicano, catedrático universitario y diputado al Congreso de la Unión. Fue editor de diversas publicaciones de jurisprudencia. En 1884, dos años antes de su reunión con Martí, había sido uno de los fundadores del *Anuario de Legislación y Jurisprudencia* y del semanario de miscelánea jurídica *Publicista*. Fue uno de los asesores financieros de Porfirio Díaz.
2. José Martí, *Correspondencia a Manuel Mercado* (compilación y notas de Marisela del Pino y Pedro Pablo Rodríguez), Centro de Estudios Martianos, La Habana, 2003, p. 174.
3. *Ibidem*, p. 176.
4. *Ibidem*, p. 173.
5. Manuel Antonio Mercado de la Paz (1838-1909). Abogado mexicano. En varias ocasiones fue senador de la República y diputado

al Congreso de la Unión. Subsecretario de Gobernación entre 1882 y 1900. Fue un entrañable amigo de José Martí desde la llegada de este a México, en febrero de 1875, y padrino de su boda, en diciembre de 1877. A lo largo de veinte años, Mercado fue un hombre clave en la vida de Martí.

6. José Martí, *ob. cit.*, p. 180.

7. *Ibidem*, pp. 180-1. Todo indica que, efectivamente, era una vieja idea de Martí, aunque tuvo variantes. A poco de su llegada a Nueva York, en enero de 1880, intentó publicar una serie de libros sobre América, que serían «biográficos, históricos y artísticos, para todos interesantes, por todos entendibles, —libros pequeños, amenos, cómodos y baratos». Otro de los antecedentes de su concepción acerca de los libros útiles para nuestras tierras podemos encontrarlo en el suelto «Textos en México», que publicara en el número de junio de 1883 de la revista neoyorquina *La América*. Véase José Martí, *Epistolario* (compilación y notas de Luis García Pascual y Enrique H. Moreno Pla), Centro de Estudios Martianos-Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1993, t. I, pp. 165 y 177; *Obras completas*, Editorial Nacional de Cuba, La Habana, 1963-1973, t. 28, p. 186.

8. Thomas Bender, *New York Intellect*, The Johns Hopkins University Press, Baltimore, 1988, p. 207.

9. El fundador de la empresa, Daniel Appleton (1785-1849) se estableció en Nueva York en 1825, en el comercio de víveres, al cual después agregaría el de libros. En 1831 decidió convertirse en editor y en 1838 adoptó la razón social D. Appleton & Co. En 1848 dejó la empresa en manos de sus cuatro hijos, encabezados por William H. Appleton.

10. Desconocemos en qué fecha la Appleton comenzó esa línea editorial; mas, por un catálogo de 1867, sabemos que para entonces ya tenía publicados 62 libros en lengua española, en una lista heterogénea, en la que se entremezclan clásicos de la literatura —como *Don Quijote* y *Los miserables*—, libros de texto, obras de consulta —como el valioso diccionario bilingüe de Velázquez—, relatos humorísticos, el método de Inglés de Ollendorff, el catecismo de Ripalda, y cuentos infantiles, como *La cenicienta* y *La caperucita roja*.

11. Casi desde su llegada a Nueva York, en 1880, Martí trató de vincularse con esa empresa. En carta de 24 de abril de 1880 le informaba a Miguel F. Viondi: «Appleton está en Francia, y quien lo representa, es hurtaño y celoso». En 1882 logró su objetivo. A partir de ese momento la empresa publicó cuatro traducciones suyas: *Antigüedades romanas*, de A. S. Wilkins (1883); *Antigüedades griegas*, de J. H. Mahaffy (1884); *Misteria...*, de Hugh Conway (1886); y *Noiones de Lógica*, de William Stanley Jevons (1886).

12. La carta de Martí a la compañía Appleton está fechada el 16 de marzo y su primera carta a Mercado sobre su proyecto es del día 22 de ese mes. En el terreno personal, la causa concreta de la ruptura fue la enemistad que Martí percibía en el jefe de la redacción de lengua española de la empresa, el médico asturiano Juan García Purón (1852-1912), a quien consideraba «burdo», «hostil» e «ignorantísimo». Años después se referiría así a su decisión: «me aparté con rudeza justa de toda relación con semejante hombre a los pocos meses de tenerme entretenido con trabajos ridículos». José Martí, *Epistolario*, ed. cit., t. I, p. 177; t. II, p. 78. Luis García Pascual, *Entorno martiano*, Casa Editora Abril, La Habana, 2003, p. 104.

13. José Martí, *Epistolario*, ed. cit., t. I, p. 264.

14. José Martí, *Correspondencia...*, ed. cit., p. 241.

15. José Martí, *Epistolario*, ed. cit., t. I, p. 328.

16. Carmen Suárez León, «José Martí: editar libros útiles para nuestra América», *Sic*, n. 17, Santiago de Cuba, enero-marzo de 2003, p. 4.

Enrique López Mesa

17. José Martí, *Epistolario*, ed. cit., t. II, p. 60.
18. Gonzalo de Quesada y Miranda, *Papeles de Martí. (Archivo de Gonzalo de Quesada)*, Academia de la Historia, La Habana, 1933-1935, t. III, pp. 107-9.
19. Carecemos de información sobre los dos primeros socios. Philippon, por su parte, era un comerciante alemán asentado en Nueva York, quien entre 1886 y 1888 fue propietario de la revista mensual *El Economista Americano*, de la cual Martí era redactor. Al menos durante esos años, ambos tuvieron magníficas relaciones. No hay ningún indicio de que Philippon apoyara a Martí en su proyecto editorial, salvo en el embarque hacia México de mil ejemplares de la primera tirada de *Ramona*.
20. José Martí, *Obras completas*, ed. cit., t. 11, p. 134. Helen María Jackson (1831-1885). Poetisa y narradora norteamericana. Su apellido de soltera era Fiske. En muchas ediciones —incluida la traducción de Martí— aparece como Helen Hunt Jackson, o sea, unen el apellido del segundo esposo al del primero. Durante toda su vida fue una defensora de los indios norteamericanos. En 1881 publicó *A Century of Dishonor*, un libro de denuncia, en el cual la autora «es arrebatada como nuestra elocuencia y punzante como nuestras tunas», al decir de Martí (Ibidem, t. 24, p. 204). Esa obra le valió ser incluida en 1883 en una comisión especial encargada de investigar el estado de la educación y las condiciones de vida de los indios de California. De dicha misión surgió la idea de su novela *Ramona*, que apareció en 1884. Martí fue un sincero admirador de la Jackson. Cuando murió, en 1885, le rindió homenaje, calificándola de mujer «de seso fuerte y alma grande», «la que con más sensatez y ternura ha trabajado año sobre año para aliviar las desdichas de los indios». (Ibidem, t. 10, p. 321). Se inspiró en una de sus ideas para escribir su poema «Los dos príncipes», que publicó en *La Edad de Oro*. Sus mayores elogios a la autora norteamericana los vertió en el prólogo a su traducción de *Ramona* (Ibidem, t. 24, pp. 203-5).
21. Ibidem, t. 7, p. 51.
22. Ibidem, p. 56.
23. José Martí, *Correspondencia...*, ed. cit., p. 232.
24. Ibidem, p. 238.
25. Ídem.
26. Ibidem, pp. 239-40.
27. Ibidem, p. 239.
28. Véase Rodolfo Sarracino, *José Martí y el caso Cutting. ¿Extraterritorialidad o anexionismo?*, Centro de Estudios Martianos, La Habana, 2003.
29. José Martí, *Obras completas*, ed. cit., t. 7, pp. 51-3.
30. Con independencia de las circunstancias que influyeron en la selección del primer libro, México fue, desde el principio, el destinatario fundamental del proyecto martiano. Su carta a Mercado de 22 de marzo de 1886 —primera en que le habla de su idea— es muy anterior a dicha selección. En ella dice: «México, sobre todo, habrá de aprovecharlo, porque, fuera de las manos de editores rapaces, podrá esparcir periódicamente libros vivos y útiles, que funden carácter y preparen a la faena práctica, a muy bajo precio». José Martí, *Correspondencia...*, ed. cit., p. 173-4.
31. José Martí, *Obras completas*, ed. cit., t. 8, p. 266.
32. Ibidem, t. 22, p. 329.
33. José Martí, *Correspondencia...*, ed. cit., p. 180.
34. Ibidem, pp. 239-40.
35. Ibidem, p. 244.
36. Ibidem, pp. 249-50.
37. Ibidem, pp. 255-6.
38. A estas se añadirían las páginas del prólogo y demás —con foliación independiente—, para un total de 406 páginas.
39. José Martí, *Correspondencia...*, ed. cit., p. 263.
40. Como antes vimos, en su carta a Mercado de 8 de agosto de 1887 Martí habla de dos mil ejemplares de la primera impresión pedidos por Argentina. Sin embargo, en la carta de 26 de julio de 1888 se refiere a que su antiguo patrón, el comerciante argentino Carlos Carranza, radicado en Nueva York, le ha comprado mil ejemplares para Buenos Aires. Es decir, el pedido original se redujo a la mitad. Ibidem, p. 280.
41. Ibidem, p. 279.
42. Ibidem, p. 280. Siempre atento a los costos, «para evitar gastos de factura» se los enviará «en alguno de los embarques de Philippon». Así lo hará, en septiembre de ese año, vía Veracruz.
43. José Martí, *Correspondencia...*, ed. cit., p. 280. El subrayado es nuestro.
44. Sánchez Iznaga dio su vida por la libertad de Cuba en nuestra Guerra de Independencia.
45. Véase José Martí, *Correspondencia*, ed. cit., pp. 279-80, 290 y 313; Luis García Pascual, *Entorno martiano*, ed. cit., p. 229; Patricio Gimeno, «Reminiscencias de José Martí», *Revista Cubana*, v. XXIX, La Habana, julio de 1951-diciembre de 1952, p. 44.
46. El 15 de agosto de 1888 apareció por primera vez en *El Avisador Cubano* el anuncio del libro, puesto a la venta en la librería de Néstor Ponce de León al precio de 75 centavos cada ejemplar. Véase *El Avisador Cubano*, 15 de agosto de 1888, Nueva York, p. 3.
47. José Martí, *Correspondencia...*, ed. cit., pp. 250 y 279. En realidad, Martí había comenzado la propaganda desde las páginas de *El Economista Americano* antes de la salida del libro. En carta a Mercado de 20 de octubre de 1887 le había dicho: «En uno de los *Economistas* que le van por este mismo correo hay unas líneas que escribí sobre *Ramona*, propias para la reproducción que pueden ir sirviendo de anuncio previo». Ibidem, p. 250.
48. *El Avisador Cubano*, 8 de agosto de 1888, Nueva York, p. 2. Su director, Enrique Trujillo, reprodujo íntegramente el prólogo, incluida la fecha, antecedido por una nota suya donde precisaba que era «la primera edición», información que solo podía haberle facilitado Martí.
49. Artes y Letras en *La Nación* de Buenos Aires (4 de enero de 1870-31 de diciembre de 1899), *Bibliografía Argentina de Artes y Letras*, n. 32-5, Buenos Aires, 1968.
50. *El Lunes*, a. VII, t. III, n. 32, México, 13 de agosto de 1888, p. 3.
51. *El Partido Liberal*, 16 de diciembre de 1888, México, p. 2.
52. Ibidem, 23 diciembre 1888, p. 1. Sección «Humoradas dominicales». Cuando el periódico llegó a manos de Martí, le comentó a Mercado: «Con qué agradecimiento leo, aunque poniéndome un poco colorado, las cosas que de pura abundancia de corazón dice de Pepe Martí el *Duque de Job* [seudónimo de Gutiérrez Nájera. E.L.M.], que es de los que pueden dar sin tasa, porque siempre se quedará capitalista! [...] Tengo que escribirle». Lamentablemente, la carta de agradecimiento de Martí a Gutiérrez Nájera no se ha conservado. José Martí, *Correspondencia...*, ed. cit., p. 303.

53. José Martí, *Epistolario*, ed. cit., t. II, p. 61.
54. José Martí, *Correspondencia...*, ed. cit., p. 295. Martí la denomina «segunda edición», pero el examen de los ejemplares de la obra que se conservan en el Centro de Estudios Martianos demuestra que, en realidad, se trata de una reimpresión. El único detalle que permite diferenciar ambas impresiones es el siguiente: en la primera, la página II (reverso de portada) está en blanco. En la segunda, en esa página aparece, enmarcado en un recuadro, el registro legal de la edición: «Entered According to Act of Congress, in the Year 1889, by José Martí, in the Office of the Librarian of Congress of Washington». En aquel momento estaba vigente la ley de 8 de julio de 1870, que normaba todo lo concerniente al registro de la propiedad intelectual en los Estados Unidos, a la vez que centralizaba esas funciones en el Director de la Biblioteca del Congreso. Véase *The Statutes at Large and Proclamations of the United States of America*, v. XVI, Little, Brown and Company, Boston, 1871, pp. 213-4.
55. José Martí, *Correspondencia...*, ed. cit., pp. 317-8. Estimamos que la primera impresión debió ser de dos mil ejemplares —destinados a Argentina y México— y la segunda —cuyo costo unitario necesariamente era menor— de otros mil, que suponemos destinados a Cuba y al resto de los países hispanoamericanos. Coincidentemente, la mayoría de los ejemplares que se conservan en Cuba corresponden a esa segunda impresión. Asimismo, consideramos que la aparición del nombre del traductor en la cubierta del libro también tenía un fin cubano.
56. *Ibidem*, p. 318.
57. En julio de 1890 es nombrado Cónsul de la Argentina y del Paraguay, cargos que se suman al de Cónsul del Uruguay —en propiedad desde abril de 1887—. Como tal, fue designado representante del gobierno de Montevideo en la Comisión Monetaria Internacional Americana (Washington, DC, enero-abril 1891). En diciembre de 1890 fue elegido Presidente de la Sociedad Literaria Hispano-Americana de Nueva York. Y todo lo anterior, sin abandonar sus deberes de corresponsal de *La Nación*, de Buenos Aires, y de *El Partido Liberal*, de Ciudad México, además de la colaboración eventual con otros periódicos, como *La Opinión Pública*, de Montevideo; *El Avisador Cubano*, de Nueva York; y *El Sud-Americano*, de Buenos Aires. Y, por si esto fuera poco, impartía clases nocturnas de Español, era el animador de su querida sociedad de instrucción La Liga, y tenía que perder tiempo «en traducciones mortales de hierros y tuercas, o en buscar las traducciones que no vienen». *Ibidem*, p. 302.
58. José Martí, *Epistolario*, ed. cit., t. II, p. 113.
59. José Martí, *Correspondencia...*, ed. cit., p. 314.
60. José Martí, *Epistolario*, ed. cit., t. II, p. 129.
61. *Ibidem*, t. II, p. 130, 148, 157, 160, 167 y 183. Es muy probable que en la decisión martiana de publicar un periódico independiente hayan influido los altibajos políticos de Enrique Trujillo, quien desde 1885 era el principal periodista del exilio neoyorquino. A principios de 1889 había vendido su periódico *El Avisador Cubano* a la naviera Ward, y a partir del 3 de febrero de ese año cambió el nombre por *El Avisador Hispano-Americano*. Si bien Trujillo continuó como director, la línea del periódico se hizo más moderada y, de hecho, dejó de ser el vocero de la causa independentista cubana. El propósito de Martí era llenar el vacío que había provocado el viraje de Trujillo. Posteriormente, el 12 de marzo de 1890 apareció el primer número de *El Porvenir*, el nuevo periódico de Trujillo, que retomó el papel de vocero revolucionario y contó con la colaboración de Martí. Es probable que este giro de los acontecimientos, unido a la falta de fondos, haya contribuido a que Martí abandonara su idea. Sobre este proceso puede consultarse el artículo de Sotero Figueroa «Calle la pasión y hable la sinceridad», publicado originalmente en el periódico neoyorquino *La Doctrina de Martí*, entre septiembre de 1896 y febrero de 1897, y reproducido íntegramente en el número seis del *Anuario Martiano*, correspondiente a 1976, páginas 192-224.
62. José Ignacio Rodríguez, «Las novelistas norteamericanas. II. Elena Hunt Jackson», *La Revista Ilustrada de Nueva York*, v. X, n. 1, Nueva York, enero de 1891, p. 31. Es de suponer que, de acuerdo con su costumbre, Martí le haya enviado una carta de agradecimiento por estos elogios a su viejo profesor habanero; pero esa misiva no ha llegado a nosotros.
63. José Martí, *Epistolario*, ed. cit., t. II, p. 256.
64. *La Revista Ilustrada de Nueva York*, v. X, n. 2, Nueva York, febrero de 1891, p. 112.
65. Ivan A. Schulman y Vernon A. Chamberlin, *La Revista Ilustrada de Nueva York: History, Anthology and Index of Literary Selections*, University of Missouri Press, Columbia, 1976, p. 7.
66. José Martí, *Epistolario*, ed. cit., t. II, p. 54.
67. *Ibidem*, t. II, p. 60. En carta anterior —de 20 de abril de 1888—, al referirse a la solicitud de la dirección del diario *La Nación* de que se trasladara a Buenos Aires, Martí le había dicho a Estrázulas: «No rechazo en definitiva la idea de ir. Acaso lo solicite yo de aquí a un año. Pudiera ser que lo solicitare. Pero hoy no sería sincero si dijera que pensase en ir. Déjeme probar con mis libros. México quiere ayudarme. Ayúdeme Vd. como si yo no soñara en moverme de aquí». *Ibidem*, p. 23.
68. *Ibidem*, t. II, p. 54; José Martí, *Correspondencia...*, ed. cit., p. 285.
69. José Martí, *Correspondencia...*, ed. cit., p. 281.
70. José Martí, *Epistolario*, ed. cit., t. V, pp. 139-40.
71. José Martí, *Correspondencia...*, ed. cit., p. 180.
72. *Ibidem*.
73. Sobre los aspectos literarios de la traducción martiana de *Ramona* puede consultarse: Lourdes Arencibia Rodríguez, *El traductor Martí*, Ediciones Hermanos Loynaz, Pinar del Río, 2000, pp. 50-5; Maia Barreda Sánchez, «Ramona: un nuevo movimiento en la ficción prolongada», (Trabajo de diploma. Universidad de La Habana, 2000); Héctor Bonet, *Martí, un teórico de la traducción*, Ediciones Holguín, Holguín, 2001; Leonel-Antonio de la Cuesta, *Martí, traductor*, Cátedra de Poética Fray Luis de León, Universidad Pontificia, Salamanca, 1996, pp. 93-101; Roberto Fernández Retamar, «Sobre *Ramona* de Helen Hunt Jackson y José Martí», en Helen Hunt Jackson, *Ramona*, Tr. de José Martí, Arte y Literatura, La Habana, 1975, pp. 417-26; Jorge Luis Rodríguez Morell, «Razones para una metodología de análisis de la traducción martiana de *Ramona*», *Anuario del Centro de Estudios Martianos*, n. 18, La Habana, 1995-1996, pp. 133-40; Ivan A. Schulman, «Transtextualización y socialización fictivas: *Misterio* y *Ramona*», *Anuario del Centro de Estudios Martianos*, n. 13, 1990, La Habana, pp. 288-98.
74. José Martí, *Diarios de campaña*. Edición crítica —cotejada según originales—, presentación y notas por Mayra Beatriz Martínez y Froilán Escobar, Casa Editora Abril, La Habana, 1996, pp. 156 y 158.